

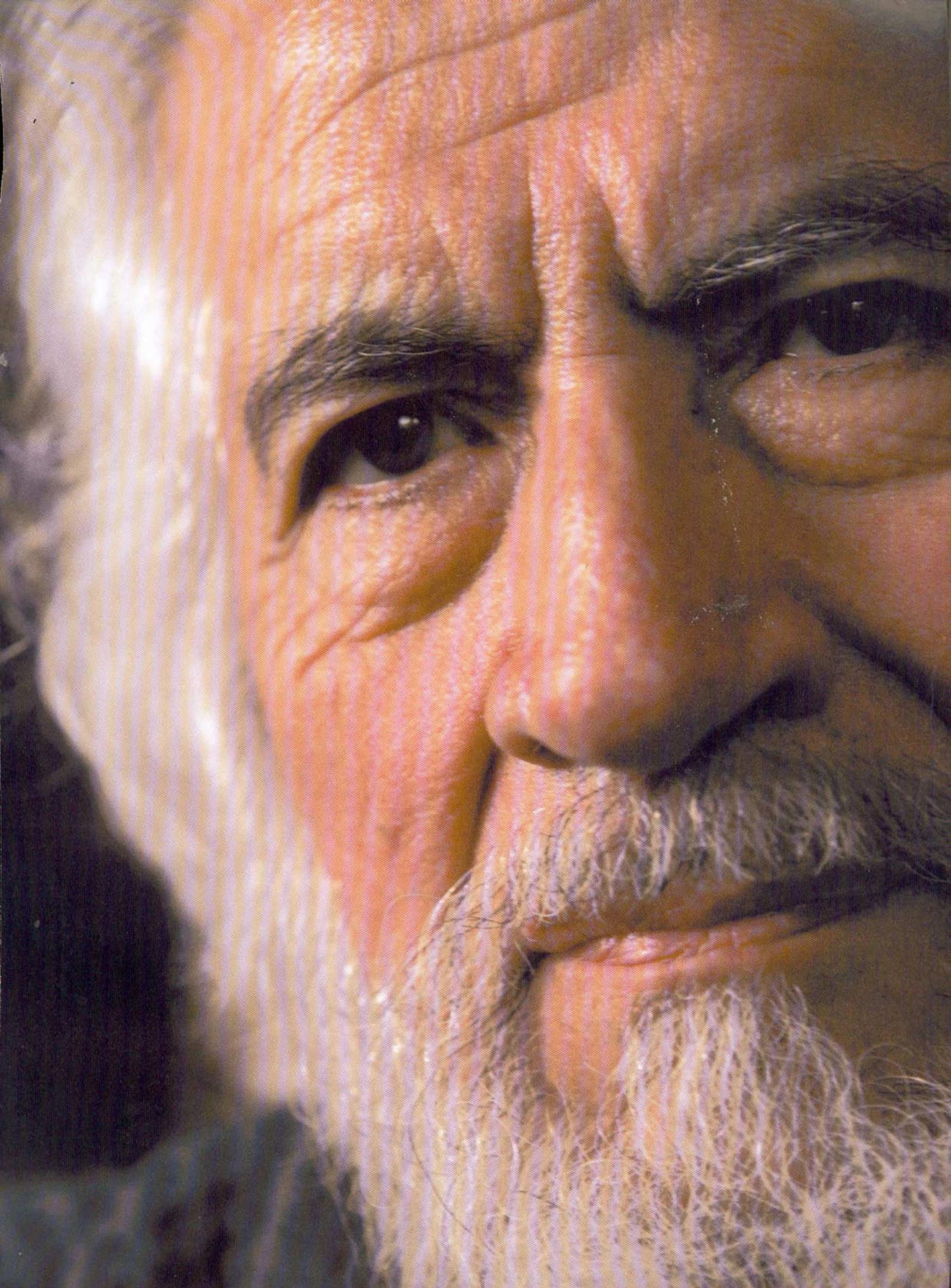
El afán de Gabriel Salazar (70) es cambiar la mirada social desde los jóvenes.

"Tenemos un ciudadano limosnero que no se educa para ejercer poder y eso es una enfermedad", dice.

Ciudadano Salazar

POR MARCELA FUENTEALBA
PRODUCCIÓN: INÉS PICCHETTI
FOTOGRAFÍA: CAROLINA VARGAS

GABRIEL SALAZAR (PREMIO NACIONAL 2006) ES PRECURSOR EN CHILE DE LA HISTORIA SOCIAL, LA QUE SE VIVE EN LA CALLE Y LA PROTAGONIZAN LOS POBRES. NIÑO DE POBLACIÓN, EN SU TIEMPO FUE MIRISTA Y HOY ESTÁ ENTUSIASMADO CON LOS PINGÜINOS. PROFESOR, INVESTIGADOR Y ESCRITOR ACTIVO, DA CLASES PORQUE CREE EN LA RECONSTRUCCIÓN DEL CIUDADANO CHILENO: EL QUE EJERCE SU PODER EN VEZ DE LIMOSNEAR SOLUCIONES.



ES DIFÍCIL IMAGINAR QUE ESTE HOMBRE SERIO Y AMABLE, FÁCIL DE palabra y humor, haya sido considerado un peligro e incitado a la violencia al menos dos veces en su vida. Una, en septiembre de 1973, cuando tenía treinta y tantos y era dirigente del MIR. Resultado: tortura, exilio en Inglaterra hasta 1986.

La segunda, en la crisis de la Universidad Arcis el año pasado, es un poco para la risa. Salazar, fundador hacía dos décadas de la escuela de Historia, se encontró con el nuevo financista que llegó a imponer sus términos: Max Marambio, ex revolucionario entrenado en Cuba y millonario por sus negocios en la isla. En una discusión de directorio, Marambio ofreció botarle los dientes a este señor que tiene 70 y parece joven. "Durante dos segundos pensé: 'me voy a bofetadas con este gallo', total yo también tenía entrenamiento en el Regimiento Buin. Pero dije 'no pues, estoy de académico, y respondí en académico'", comenta Salazar con risa y rigor. Resultado: formó en la Universidad Bolivariana una escuela de Historia Social, de los pobres, los marginales, y sus fuerzas de cambio.

Ser niño "huacho" en la historia de Chile (LOM, 2006) es su reciente best seller al respecto. Desde que volvió en 1986, además de la docencia, Salazar se ha dedicado a escribir cantidad de libros y artículos. Ha estudiado a obreros, peones, mujeres, ferias, los ciudadanos y su poder constitucional (véase su larga bibliografía en Wikipedia). Estos últimos meses ha estado entrevistando extensamente a Carlos Altamirano, el sobreviviente del viejo socialismo, su compañero opuesto, y está fascinado.

Debe ser difícil aburrirse en clase con Salazar. Hace un curso de verano en la Universidad de Chile para cabros de cuarto medio (habla así: le dice rotos a los rotos y viejas a las viejas) que se llena. Varios "pingüinos" fueron sus alumnos. Su afán es mostrarles otra cosa. Por ejemplo, está en campaña contra O'Higgins y Portales, y reivindica a Freire, "el único Presidente que promovió una asamblea constituyente popular", cosa jamás vista en Chile: nuestras constituciones son todas producto de dictaduras. Así va Salazar construyendo ciudadanos.

Huachos y madres

En su libro se identifica con los huachos, aunque usted no lo fue.

Pero los conocí mucho. Nací en una población, decente podríamos decir, que se autoconstruyó en una chacra en Vivaceta, a tres cuadras del Mapocho. El resto del potrero se pobló de callampas, y para salir de la población pasabas por puros conventillos. Un poco más allá estaba la Vega, había mendigos, borrachos, hampones, el barrio bravo de Bandera, las casas de putas en la calle Hurtado de Mendoza. Era un mundo intenso, abigarrado, y había ene cabros huachos que les llamaban "pelusas". Eran pobrísimos, llenos de piñén, flacuchos. Crecí viendo eso, pero no lo encontré en los libros de historia.

De ahí el relato tan vivo.

Lo escribí más con la guata que con la razón. En los 90 un primer artículo provocó un gran impacto entre la gente de las casas de huérfanos, psicólogos, profesores, trabajadores sociales y los mismos niños. Pero no les gustó a los directores de las casas: no era el tipo de estudio para rehabilitar a estos niños, porque desarrollaba la rebeldía. Fue muy triste, porque a los profesionales que usaron el texto los echaron de la pega. Este libro es distinto

porque salió con más bombo, ya va por la tercera edición.

¿Le llama la atención ese éxito?

Sí y no. Sí, porque es raro que en una sociedad tan preocupada del consumo, o de sobrevivir simplemente, haya una recepción sensitiva ante el problema. Y no, porque es la vida real por donde se la mire. Hay una identificación instantánea entre los cabros, porque el 90% de los jóvenes que estudian Ciencias Sociales viene del mundo popular, donde este fenómeno es muy común. El niño huacho no es sólo el que nació sin padre, puede ser botado por la madre.

¿Qué pasa con los padres?

Lo que desencadenó la marginalidad y el huachismo fue el tipo de contrato de trabajo peonal, temporal, mal pagado, y ningún roto quería perseverar como peón, no era proyecto de vida. Entonces se echaban al camino, eran rotos vagabundos que iban a Perú, Argentina, Panamá, Australia, California, al desierto, la Patagonia. Estos rotos no se casaban, no podían ser proveedores, y lo sabían. Por eso había una enorme cantidad de mujeres solas.

¿Qué hacían ellas?

Quedaban con los cabros chicos, pero en el campo no podían estar —en ese tiempo había guerras, pasaba la tropa y las violaban—, entonces se iban a los suburbios de la ciudad, donde fundaban su ranchito, tenían sus telares, su alfarería, vendían cazuela, sabían cantar y bailar cueca. Fueron un centro de atracción para estos rotos que pasaban, y también para los futres, la gente de clase media y alta. Porque los salones de la clase alta eran muy aburridos y controlados por los curas. Los hombres se arrancaban a estas chinganas, donde estaban estas mujeres solas. Los huachos se multiplicaban.

¿Qué pasa ahora con el sistema de trabajo, es peonaje moderno?

Es lo mismo. Cerca del 50% del empleo en Chile es precario. Eso significa que hay que trabajar sin contrato ni previsión, o temporalmente. Entonces para qué te vas a casar, eres un pésimo proveedor. Por eso hay una crisis de la masculinidad en los sectores populares, un tema que no se conversa mucho.

¿Cómo es esa crisis?

El hombre no se siente seguro ni para proveer ni para ser modelo, entonces se agarra de lo poco que le queda como identidad: el sexo, y ejerce su hombría con cuanta mujer pilla; o el escapismo vía alcohol o drogas, ahí encuentra el éxtasis que no existe en su vida. Se siente impotente frente a la situación de familia, entonces le pega a la mujer, a los cabros, se manda a cambiar, le pone el gorro, se emborracha. Eso explica bastante la violencia intrafamiliar. La mujer, al contrario, tiene más oportunidades de empleo, desde lo que se llama industria erótica hasta el comercio pirata, además del servicio doméstico. Eso le significa trabajar fuera, y los cabros quedan botados. Pueden tener mamá, pero ella trabaja doce horas más el traslado, llega tarde, cansada como bruta. Es la raíz del problema. En el siglo XIX predominaban políticas libre-cambistas, hoy lo mismo.

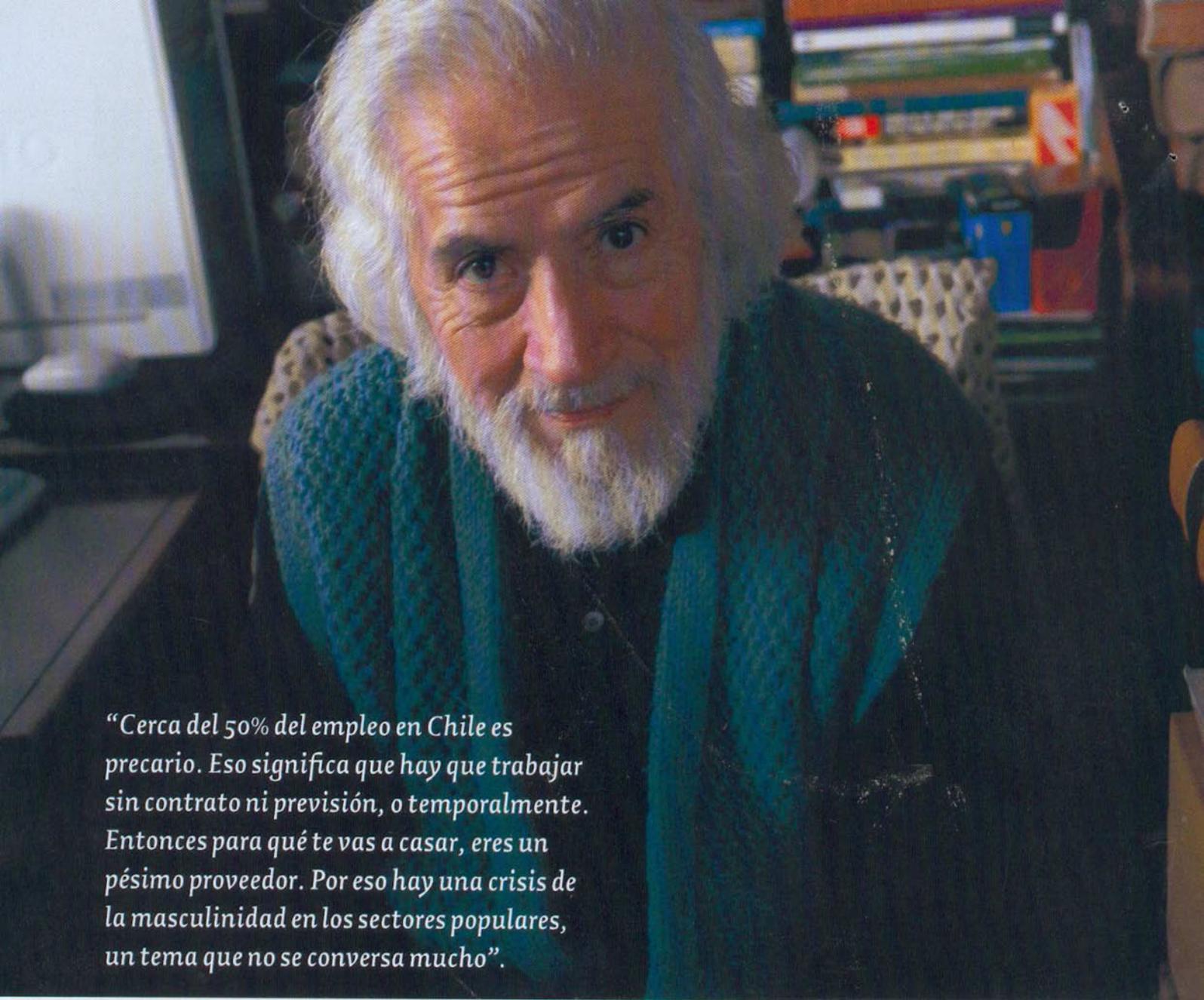
Clases de machismo y feminismo

¿Conoció a viejas chinganeras en su barrio?

Conocí una cantidad de señoras que eran pillas por donde las vieras. Eran viejas pungas que andaban contando chistes, con

“(Desde el siglo XIX) Hay otro machismo, no de maltrato a la mujer, sino de camaradería masculina, componente principal del machismo popular. Los peones, los soldados, los huachos, se juntan. En esa camaradería el hombre es más importante para vivir que la mujer, que es como un accidente que nunca entendieron”.





“Cerca del 50% del empleo en Chile es precario. Eso significa que hay que trabajar sin contrato ni previsión, o temporalmente. Entonces para qué te vas a casar, eres un pésimo proveedor. Por eso hay una crisis de la masculinidad en los sectores populares, un tema que no se conversa mucho”.

indirectas, te decían piropos, te daban agarrones, muy deslenguadas.

¿Y cómo era su mamá?

Mi madre era muy católica, fue de las primeras visitadoras sociales que hubo en este país. Cuando murió, los callamperos llegaron en masa llorando por la Laurita. Ella llevaba la caridad que entregaba la gente de clase alta, distribuía alimentos, frazadas y los remedios. Las señoras llegaban a la casa en tremendos autos, elegantemente vestidas, y hablaban con mi madre en la puerta, no entraban. Me llamó la atención el contraste entre estas damas y mi madre, que hacía el trabajo sucio. Cuando me recibí de historiador pensé que había que investigar por separado el rol de la mujer en la clase alta y en los sectores populares. No existe la mujer chilena, sino las mujeres. Todavía nos falta por conocer a la de clase media.

¿Hay una suerte de maternidad social, simbólica, en las chilenas?

En la clase alta ser una madre caritativa daba prestigio, indicaba aristocracia. Y la mujer de pueblo también fue madre social recibiendo en su rancho. La Iglesia las criticaba y perseguía, porque a veces en su casa se quedaban a dormir un montón: las acusaban

de tener “encierros de hombres”. Los huachos encontraban ahí el ambiente de hogar perdido o que nunca habían conocido.

Este mundo parece poco machista.

El mundo popular del siglo XIX gira social y culturalmente en torno a estas mujeres, y eso las convirtió en líderes locales. La mujer popular aprendió a entenderse y hablar con cualquiera, incluida la autoridad: desarrolló la palabra, fue de armas tomar. Por eso hasta hoy en las juntas de vecinos te encuentras con cuatro mujeres que hacen todo.

¿De dónde sale el machismo entonces?

Viene del minero, que vivía en los cerros, solo, con puros hombres, y bajaba al pueblo una vez al mes a buscar minas, de otro tipo, y se enamoraba como bestia. Era una mezcla de amor, sexo, borrachera y derroche de un viaje. Subían enamorados, volvían a bajar, y la mujer era prostituta, se había metido con otros. De ahí la violencia. El minero no supo establecer con la mujer una relación normal. Y hay otro machismo, no de maltrato a la mujer, sino de camaradería masculina, componente principal del machismo popular. Los peones, los soldados, los huachos, se juntan. Ahí el hombre es más importante para vivir que la mujer, que es como

un accidente que nunca entendieron.

¿Y cómo es el machismo de clase alta?

Es diferente, patriarcal: el hombre es el dueño de todo y las mujeres viven sometidas a un control policíaco dentro de su propia casa. El negocio del mercader era casar a su hija con otro rico. Las casaban jóvenes, vírgenes, y con hombres mayores que morían antes. De ahí la cantidad de viudas que tenían el mismo poder que un patriarca.

¿El mismo?

Las mujeres tuvieron siempre influencia, pero no quisieron politizarse durante mucho tiempo. Por el 1900 existían las tertulias donde la elite tomaba acuerdos y decisiones. La mujer estaba al centro, era la reina del salón, era culta, todo el mundo la escuchaba. Su influencia era mucho más grande que si hubiera sido diputada. La mujer se politiza tarde, y hasta hoy la política sigue siendo un juego de hombres.

El machismo del que se ha quejado Bachelet, que es evidente.

Por algo a ella se le escapan los gallos incluso de la Concertación. Lo que le falta es una cultura política de fondo para que fuera no sólo presidenta sino estadista, que es el que manda rumbos históricos. Lagos tampoco marcó rumbos históricos, porque no fue capaz de encantar a la juventud. Eduardo Frei Montalva sí lo hizo.

Cerca de la revolución

Está trabajando en un libro con Carlos Altamirano, un revolucionario de clase alta. ¿Cómo le va?

Para los líderes de la UP ser revolucionario era ser parlamentario. Yo vengo del MIR y eso no entra en mi cultura social natural. Por eso, al hablar con Altamirano me atengo a su cultura. Él viene de la clase más alta que ha habido en Chile y bajó como la oveja negra. Pero no creía tanto en la lucha armada: quería radicalizar el proceso, sin embargo respetaba la Constitución liberal de 1925. Allende lo mismo, no era un revolucionario de calle. En esa lógica los entendía, pero los criticaba, porque ellos mismos frenaron la radicalización. Por poner un ejemplo tonto, ¿por qué Allende se quedó en La Moneda y no se fue a La Legua, o a un regimiento adicto? Porque era republicano. Nosotros queríamos usar la soberanía popular para hacer otro Estado, no ése.

¿Eso los separa hasta hoy?

Altamirano es un sobreviviente y por lo tanto vivió la política de la democracia completita. Está muy al día en el pensamiento crítico, no se traga para nada el cuento de un nuevo Partido Socialista. La única diferencia es que él intuye y es crítico, por tanto debería tomar un camino determinado, que es el que yo ya tomé.

¿Cuál es ese camino?

Desde que de niño viví en esa población me fui convenciendo de que es necesario reconstituir al ciudadano en Chile. Tenemos un ciudadano peticionista, limosnero, que no asume su soberanía, no se educa para ejercer poder, para administrar. Hay una enfermedad que se arrastra por mucho tiempo: los chilenos son individuos masa.

¿Por qué ocurre esto?

Bueno, toda la historia lo explica; por ejemplo, aquí nunca ha habido asamblea constituyente. Por eso me concentro en la educación, me gusta lo que está pasando con los cabros. Dentro del

“movimiento pingüino” muchos dirigentes han sido alumnos míos en la escuela de verano en Ingeniería de la Chile. Es pura historia social: los cabros abren las pepas así, al tiro sacan conclusiones.

Usted es precursor en Chile de la historia social.

La historia social se ha metido en todo. Hay historia de la prostitución, de los bandidos, de los niños, de los jóvenes, del sexo, todos los temas que antes eran tabúes. Ha tenido en Chile un boom nunca visto. La carrera de Historia está saturada en todas las universidades. Los jóvenes quieren entender por qué a sus viejos les pasó lo que les pasó. No le creen a las ideologías ni a los políticos, aprenden de su experiencia y de la historia, que no es para recordar el pasado, sino para determinar cómo actuar en el presente. La historia social se concentra en mirar este tiempo. Los cabros están obligados a meterse en procesos sociales vivos.

¿Cómo ve a los jóvenes?

Los que conozco tienden a construir por sí mismos su identidad, una cultura independiente, si tú quieres marginal o subcultura, pero eso los potencia, porque la mezcla de identidad y cultura es re potente. De ahí se derivan acciones de autonomía bien provocativas, desde los pingüinos, el ala con más proyección histórica o política, o el fenómeno de la música, que se autogestiona en todas las poblaciones, hasta los delincuentes, que están con una audacia y creatividad revolucionaria en el delito. En mi tiempo, el lanzazo era obra de un gallo solo, con un cuchillito; hoy son bandas con armamento y camioneta, escalan edificios, asaltan buses. Hay una cultura armamentista que ya se hubiera querido

“Yo veía al pelusa descalzo, tenía como zapatos naturales; tenía rabia, era pillo pero humilde, te conmovía. El flaute en cambio no te conmueve para nada, más bien hay que ponerse en guardia o desarrollar una metodología medio etnográfica para comunicarse con él”.

cualquier mirista. Es una innovación que, aunque sea peligrosa, revela autonomía, creatividad, desenfado. Para un historiador que mira sin afanes de dar juicios éticos es muy interesante.

Esos son los flaites, bien diferentes a los pelusas de antes.

Claro, no andan a pata pelada precisamente. Yo veía al pelusa descalzo en la lluvia, tenía como zapatos naturales; tenía rabia, era pillo pero humilde, te conmovía. El flaute en cambio no te conmueve para nada, más bien hay que ponerse en guardia o desarrollar una metodología medio etnográfica para comunicarse con él. Pero la autonomía es el principio de educación del verdadero ciudadano. Muchos jóvenes se están educando en lo local, en los barrios y poblaciones, que es donde se construye el ciudadano. Han aparecido redes nacionales de educación popular, con los mismos jóvenes, no ya ONGs. Por eso a mí me va re bien, soy de esa onda y tengo alumnos por montones. Estamos conspirando históricamente. ✱